



Esta obra está bajo una licencia Reconocimiento-No comercial-Compartir bajo la misma licencia 2.5 Argentina de Creative Commons. Para ver una copia de esta licencia, visite <http://creativecommons.org/licenses/by-nc-sa/2.5/ar/> o envíe una carta a Creative Commons, 171 Second Street, Suite 300, San Francisco, California 94105, USA.

De la tierra al barro

Relatos sobre nuestras vivencias entre los hermanos Pilagá

Javier Castrillo

Čibien

Aportes y correcciones

Marina Colombo

Yacena

Grupo Mattagoy
www.mattagoy.com.ar

*A los que sufren injusticias
y no pueden gritarlas,
o peor aún,
no son escuchados.*

“El verdadero revolucionario se mueve por el sentimiento de indignación ante la injusticia. Si usted es capaz de temblar de indignación cada vez que se comete una injusticia en el mundo, somos compañeros, que es lo más importante”

“Endurecerse, pero sin perder la ternura”

Ernesto Guevara

A manera de prólogo

Como autor de este pequeño libro, me resulta bastante difícil poder entender porqué usted, estimado lector ha destinado su tiempo a leerlo. Probablemente lo ha comprado sólo para colaborar con el proyecto del agua, o quizás se ha acercado a él a falta de literaturas más elaboradas o interesantes. Tal vez, lo anima el deseo de conocer algo más de los aborígenes pilagá o de su lucha por el reconocimiento de los derechos que les fueron arrancados.

En cualquier caso, necesito establecer con usted una suerte de complicidad paradójicamente manifiesta. Yo no soy escritor. Más bien me definiría como un lector compulsivo que intenta escribir. Pero, vamos, antes que reclame su dinero y quiera devolver el libro le solicito una oportunidad. Le pido que desande el camino que le propongo. Mire, para ir entrando en confianza le voy a contar la génesis de esta idea hoy publicada. Y le adelanto mi agradecimiento profundo.

En Formosa se señorea la pobreza más absoluta. Allá en el norte de la patria, apoyada entre el Bermejo y el Pilcomayo, desparrama la provincia monte a destajo. En su escudo destaca el capullo de algodón, que supo ser su principal fuente de ingresos. Hoy este producto, a raíz de subsidios extranjeros y fibras sintéticas, no es rentable de ninguna manera, por lo tanto no existe industria productiva alguna. En estos días el pueblo se bambolea entre dos grifos de donde abrevar. Por un lado un patético sistema público, plagado de corruptelas y negociados, que a cambio ofrece algún puesto de cuarta o quinta línea, o en el peor de los casos un plan de asistencia que más bien es de limosna. Por otro lado, el formoseño tiene la opción de montar su propio emprendimiento, que consiste generalmente en la venta callejera de comestibles o artículos contrabandeados desde Paraguay; lógicamente este tipo de economía es totalmente marginal y no aporta al tesoro provincial.

Si ese es el panorama para el criollo, imagine usted la porción ínfima que está destinada para el hermano aborigen. Desde la invasión europea del siglo XV a la fecha, el nativo, el mal llamado indio, ha padecido persecuciones y discriminaciones varias que lo han llevado en muchos casos a la extinción de comunidades enteras. No es el objeto de este libro hacer una crónica de la barbarie

cometida contra el indígena en esta bendita tierra americana. Muchos autores han realizado ya ese trabajo que de alguna manera, trata de repensar y revalorizar la posición del aborigen en la historia de nuestro continente.

Como se dijo, la mera descripción de acontecimientos y su sucesión cronológica no es el fin perseguido en la publicación de este libro. Hay por supuesto una ambición literaria totalmente expuesta y seguramente no satisfecha, pero la idea principal es el llevarle a usted la descripción más fidedigna posible del día a día del hermano pilagá. De demostrarle además que existen varias Argentinas, entre ellas, la más pobre y desconocida. La que se ha tratado de ocultar como una vergonzante mochila que no se quiere llevar a cuestas.

Hace un año más o menos, cuando el país estaba sumido en una de las peores crisis de su historia, se puso de moda en los medios de información capitalinos la noticia de la desnutrición y la muerte infantil. Día a día se daban nombres y apellidos de niños que morían de hambre en tal o cual provincia. Tan de golpe como aparecieron, esas noticias no salieron más y usted y yo sabemos que los niños se morían desde antes y se siguen muriendo ahora, pero ya no es dato que venda ejemplares o aumente el rating de los programas; “ya fue” dicen los adolescentes. Con esto no pretendo cargar las tintas en los medios, sino que con las mismas manos que ahora uso para teclear estas palabras tuve que, una y otra vez, cavar tumbas, llevar cadáveres y hacer ataúdes. Todos esos hermanos, muchos de ellos niños, murieron de pobres. Desnutrición, hambre, diarrea, deshidratación, son enfermedades que denuncian la pauperización social de la humanidad, que ayuna de igualdad y de justicia, segrega incesantemente al pobre.

Por lo tanto no es fácil, querido amigo (disculpe que le diga así pero si le conté estas cosas ya estamos en confianza), ubicar los relatos que seguirán si no le describo más o menos el escenario. Estamos hablando de los sitios más desheredados de nuestro país, donde, para empezar, no hay agua. Decir que no hay agua quiere decir que no hay agua. Se toma lo que se junta de las pocas lluvias o de cualquier charco en el camino. Por supuesto que ese líquido no es potable y la gente se enferma y se muere. Así de cortito y de crudo. Además no existe el trabajo de campo, no se puede sembrar porque pasan largos meses sin lluvias y no hay riego posible. Los políticos aprovechan esta necesidad extrema. Una caja de

comida es oro puro. Los votos se compran por chauchas, las voluntades son arreadas tras los más esenciales y básicos objetos o alimentos. Un bidón de agua fresca en verano, donde la temperatura fácilmente supera los cincuenta grados, puede conseguir que un espíritu se quiebre sin más.

En ese indigente escenario el aborígen de despelleja día tras día. Sabedor de que nunca jamás será nada ni nadie y casi seguramente sus hijos tampoco lo serán. Cuenta como principal aliado con un dios que lo quiere y por eso lo hizo pobre, lo prefiere, por eso le mata sus hijos de diarrea y lo considera el más querido, por eso lo somete al blanco pillo que ya se morirá de calor allá en el averno 'jodeunagransiete. O al menos ese es el mensaje que les transmiten los pastores que desde la madre patria del norte vienen cada año en sus camionetas todo terreno a vender sus Biblias, exprimiendo al máximo cada centavo del pobre hermano creyente.

El aborígen pilagá jamás compartirá la mesa familiar. No hay mesas en las humildes taperas y no hay comida que compartir. Esos hermanos mueren de hambre día a día entre la indiferencia y la corrupción.

Como parte de un grupo misionero de la Parroquia Nuestra Sra. de La Cava de Béccar, en la provincia de Buenos Aires liderado por el P. Anibal Filippini; Jose, Marina, Vivi y Sandra salieron hacia Formosa en febrero de mil novecientos noventa y ocho.

Trabajaban en una comunidad criolla pero el espíritu inquieto de estos personajes los llevó a tomar contacto con los pilagá en un asentamiento en el Barrio Las Delicias de la capital provincial. Allí concibieron una relación que fue creciendo todos estos años a base de amor y respeto mutuo. Decididos a acompañar a los hermanos aborígenes de una manera activa, les preguntaron en que podían ser útiles. Ellos respondieron que vender las artesanías en Buenos Aires podía ser una forma de colaborar. A partir de ese momento, la mayoría de los fines de semana del año recorrieron las parroquias vendiendo artesanías a fin de mandar luego el ciento por ciento de lo vendido al artesano que lo confeccionó. Luego nos fuimos incorporando con el tiempo, María, Miguel, Tita, Pablo, Tamara, Elvira y yo mismo. Ya el grupo se llamaba Mattagoy. Nombre que le pusieron los hermanos pilagá a Jose, nuestro líder natural.

Este procedimiento de recorrer las comunidades parroquiales nos llenó de anécdotas y vivencias que expresan lo peor y lo mejor de las conductas humanas. Varias de esas experiencias se cuentan en este libro.

También la gestión ante las autoridades y la presentación de proyectos, junto con la concientización solidaria son tareas comunes en el grupo, amén de la continua propagación de la realidad de estos hermanos aborígenes a quien esté dispuesto a escucharla.

Estamos fraternalmente unidos a los hermanos pilagá de las Colonias Juan Bautista Alberdi, sita en Estanislao del Campo; la Colonia Ensanche Norte de Ibarreta y el grupo del Barrio las Delicias de Formosa Capital. En su nombre y persona estamos con todos los hermanos aborígenes que despojados de todo continúan la resistencia ya cinco veces centenaria.

En ese contexto se desarrollan los episodios que he intentado narrar. Todos ellos son absolutamente verídicos y a lo sumo se habrá cambiado un nombre, o quizás ni siquiera eso.

Provincia de Buenos Aires, marzo de 2004

Temporal

Acostumbrados estamos ya en nuestro grupo a esperar luego de algún dictamen aborígen, el testimonio revelando el porqué de esa aseveración. Brotan entonces maravillosas leyendas, tradiciones y saberes que han venido desde los tiempos de los *qadet'alpi* * para hacernos saber que cuando tal pájaro se pelea es mala señal, también que el viento trae noticias de los seres queridos o cientos de prodigios que escuchamos con devoción.

Una tarde, Palomo salió de su casa. Luego de saludarnos miró al cielo y sentenció:

- Esta noche va a llover.

Mientras nuestros oídos se aprontaban para la explicación del conocimiento meteorológico, nuestras bocas preguntaron casi a coro:

- ¿Cómo sabe Palomo?
- Lo escuché recién en el informativo de la radio.

Las risas deben haberse escuchado desde Buenos Aires.

* *qadet'alpi*: ancianos, antepasados, los antiguos. (N. del A.)

“Vamos Argentina”

Noche de tinta china en el monte, vamos caminando rumbo a no sé dónde. En el medio de la nada se escucha un débil murmullo, como de radio mal sintonizada. En efecto, un hermano aborígen rívido para no perder la poca sintonía de la emisora, escucha un partido de la selección argentina de fútbol. En cuclillas, acuna el enorme aparato, tratando de descifrar el relato entre la estática y la escasa ayuda que aportan las cansadas pilas. Conmueve el esfuerzo que está realizando para ser argentino.

-Vamos ganando uno a cero – me dice con una sonrisa nerviosa -. El Piojo López, de penal.

Entonces me acuerdo de los jugadores de la selección, de sus fortunas, autos y casas, de la esforzada cara que ponen cuando dicen dar todo por la camiseta por el sólo hecho de ir y venir desde Italia para jugar un partido, de sus cabelleras de peluquería y sus excusas de niño bien. Y anoto ahora que el fútbol criollo es otra cosa totalmente disímil a esas tibiezas. Y que los que pregonan la trivialidad del deporte por ser masivo y popular, no conocen mucho de cuestiones referidas a la redonda. Hablo de la pelota, y también de la Tierra.

El poder de los medios, o de cómo encarnar el egoísmo extremo.

En la Colonia Juan Bautista Alberdi hay televisión y televisor. La antena satelital, en el techo de la escuela, contrasta con el monte formoseño. El televisor descansa en su embalaje original en una repisa dentro de lo que alguna vez fue un baño y hoy es una *suite* de murciélagos y otros roedores menos voladores. Tanto la antena como el aparato están en perfectas condiciones, pero los aborígenes no pueden mirar ningún programa. La directora de la escuela jamás saca el televisor de la caja ni mucho menos lo conecta para ver algo. Debe ser bastante peligroso mostrarle la otra realidad a un sometido. Los niños aborígenes no conocen de dibujos animados ni de películas. Los adultos no saben qué pasa en el país hasta que el viento les informa. Lo cierto es que televisor y antena casi no se conocen entre sí.

Una vez se nos ocurrió llevar películas y una video casetera. Pusimos unos *cartoons* ante un grupito de niños que estaban allí con nosotros y como agua escapando de una botella rota, la noticia de la película se desparramó por la colonia en segundos y hermanos de todos lados se vinieron a la improvisada sala de proyección. Decenas que fueron luego cientos de chicos y grandes frente a un único desafío: pasar un rato de esparcimiento entre tanto dolor. Como en misa seguían la película y reían con libertad ante cualquier monería de los protagonistas. Hoy el Cine Mattagoy es una parada obligatoria y esperada en nuestras visitas.

Historia suelta sobre el agua.

Miraña tiene diez hijos, e invariablemente uno en camino. Vive en una de las casas más alejadas de la Colonia, contra las vías del tren que en otro país que se llamaba igual que este, representaba el progreso y hoy es un cadáver grasiento. Un día de calor de los mil demonios la encontramos caminando hacia su ranchito. Iba, por supuesto, con gran parte de su prole a cuestas y un pequeño bidón conteniendo un lodo chirle. Venía de juntar agua para los suyos. Ese barro iba a ser la bebida que hoy compartirían, y quizás su único alimento. Le preguntamos de dónde la acarrea y nos señaló el camino. La despedimos y seguimos sus indicaciones. Llegamos a un charco enfangado de poco más de dos metros de largo por uno de ancho. Cualquiera hubiera saltado para no llenarse de lécamo. Ese era el manantial de Miraña. Nos quedamos callados, rodeando el barrial, mirando para abajo, en silencio. Comencé a sentir el viento en la oreja, de la manera que sólo lo percibo en los entierros.

Políglotas

La lengua Pilagá florece en cada niño aborigen. Se sigue transmitiendo pura y tenazmente a cada generación. Los hermanos nos enseñan sus palabras abriendo el corazón en cada nuevo vocablo, que viene acompañado de una historia, una representación o un ejemplo. Es su manera de aceptarnos y la nuestra de sentirnos más hermanos. Ya no decimos “hasta luego”, sino *nača qomle* y demás frases enseñadas por todos ellos.

En una tarde tranquila Luisa, una señora pilagá muy inquieta, le preguntó a Vivi si además del español conocíamos otro idioma. Lo cierto que voces sueltas hay por todos lados; así que palabra va palabra viene, se sentaron las dos en el piso, enfrentadas, con las piernas cruzadas y entre *thank you, pioq, monsieur* y risotadas, cambiaban mensajes y cariño.

VERGÜENZA AJENA
Obra de teatro fatalmente cierta

DRAMATIS PERSONÆ

OBISPO: Uno que puede ser cualquiera

ELVIRA: Miembro del grupo Mattagoy

ACTO ÚNICO

Una escuela en Buenos Aires, donde Elvira trabaja. Acto solemne por la visita del Obispo. Éste recorre el establecimiento felicitando protocolariamente a los niños y al personal. En su periplo se detiene ante Elvira.

OBISPO. (*Ceremonioso*) -La felicito por su trabajo.

ELVIRA. (*Sonriendo*) -Gracias Monseñor. Muy amable. ¿Sabe usted?, yo pertenezco al grupo Mattagoy, el de pastoral aborigen de su diócesis. Me contaron que Vuestra Excelencia está al tanto de nuestro trabajo.

OBISPO.- Ahhh, ¿Todavía siguen con ese delirio?

TELÓN

O manto de piedad.

Continuado

Tardes de *Súper Acción* prometía canal once los sábados. Entonces me tiraba en el piso para sentir el fresquito en la espalda, robaba un pan de la bolsa de la cocina y aprovechando que los demás dormían la siesta, el viejo Noblex me traía a casa la ilusión del cine, aunque en blanco y negro. Desfilaban pues, caballeros, espadachines, policías y soldados del lado de los buenos. Los malos eran entre otros: los rusos, japoneses, los negros y los indios. Sin caer en la tentación de detenerme en esta curiosa distribución de los papeles, recuerdo, como emergiendo de la pirámide de personajes a la figura del cacique. Invariablemente semblanteando a los demás, escudriñando la realidad. Dueño y Señor de la sabiduría y el criterio. Por supuesto que todos y todo le obedecían y una palabra suya bastaba para hacer llover o decretar la paz entre los guerreros de turno, tan poderosos como disímiles eran sus poderes.

Todo esto pasaba por mi mente de manera vertiginosa mientras estaba parado en la caja de un camión de Gendarmería Nacional.

Sucedió que la llegada a la Colonia de una partida de leche que habíamos enviado desde la capital coincidió con nuestra presencia allí, así que estábamos ayudando en el reparto de las cajas, a razón de cuatro litros por niño o mujer embarazada y dos por adulto. Entonces se formaron filas y comenzamos con la distribución. Cuando le tocó el turno al mismísimo cacique, mientras me estiraba la mano para que le pasara los cartones de leche, me sentí de pronto el más miserable de los mortales, sentí otro tipo de frío en la espalda, y en la esquina del tiempo, aquel Javier niño se entristeció, dejó el pan, apagó el televisor y se fue a la pieza llorando, pero bajito para no despertar a nadie.

San Agustín

Con fama bien ganada de ser el barrio de los contrabandistas, debido a su cercanía con el Paraguay y la consiguiente facilidad para el intercambio comercial *non sancto*, San Agustín es para nosotros el bálsamo de amor criollo en nuestros continuos viajes. Tierra humilde más no dócil, recuerda en sus esquinas a los que cayeron en alguna aventura más o menos legal.

Allí nos esperan Nery, Silvia, María, Antonio... criollos de ley que no aprendieron en ningún lado lo que es la hermandad, ellos mismos son la encarnación de ese fraterno espíritu. Abren sus casas y sus almas. Nos dan techo, comida y amor. Logran que podamos hacer un alto en nuestro derrotero, juntando fuerzas para seguir. Nos colman de inmerecidas atenciones, que solo nacen de la indescriptible vocación de amar.

Ellos son nuestros aliados, “del palo” decimos hoy. No tenemos con qué pagar tanto cariño recibido. Son parte de nuestro grupo desde un lugar totalmente bambalinesco, voluntariamente escogido. Nacieron para dar.

Una noche, charlando con ellos sobre este mismo tema, Antonio comentó con naturalidad que nosotros en su lugar haríamos lo mismo.

Hoy me confieso, yo no podría hacerlo, mi proverbial egoísmo me impide amar libremente, tal como ustedes lo hacen. Dios los bendiga, queridos hermanos de San Agustín, y los colme de los frutos que, espero, tenga preparados para ustedes.

Épica hipocrática.

Enfermarse en la Colonia es casi sinónimo de morir. Más tarde o más temprano acabarán con tu vida. La emergencia sanitaria deja de ser un rótulo en los periódicos para ser carne dolida y lastimada.

La sala de primeros auxilios está desamparada en la entrada a Juan B. Alberdi. Emerge de la noche montuna con luces naranjas de sodio y techo de chapas prolijas y coquetas. Se ve el tanque de agua elevado y uno piensa que con el bendito líquido en él su presencia se justificaría más. Trasponer la vidriada admisión es comprobar que una camilla es todo de lo que se dispone para atender a los hermanos. Ni hablar de instrumental, más no sea básico como un termómetro o un medidor de presión. Por supuesto que encontrar algún medicamento allí sería tan raro como hallar a un surfista.

Para compensar un poco el cuadro, merecería haber un personal que con esos nulos medios luchara cada día para poder llevar adelante semejante servicio, fundamental para la salud primaria, como en tantos lugares de nuestro bendito país, donde profesionales de la sanidad realizan una formidable tarea de brindar atención con casi nada de recursos. Pero una vez más el destino se encarga de burlar la resistencia de los hermanos aborígenes. Los dos médicos encargados de procurar la atención en el dispensario, no aparecen por la sala, dejando a los pilagá sin cobertura alguna. Este siniestro dúo, un matrimonio de la *élite* local, además dirige el único hospital del pueblo y posee una clínica privada. Curioso caso de monopolio sanitario. Discriminan alevosamente a los hermanos y desconocen hasta los más elementales preceptos de la cortesía. Señores de la vida y de la muerte, pasean su desprecio al pobre con impune desdén. Someten día a día, amparados vaya a saber uno por qué político deudor de favores, a cientos de hermanos que irremediablemente sucumben en silencio.

Desde las entrañas de la tierra, los fantasmas de los pilagá desatendidos y abandonados aparecerán una mañana para pedir a gritos, eternamente, el remedio para la pobreza. Al frente de ellos caminará el doctor Esteban Laureano Maradona, quien supo en este mismo pueblo atender y consolar al necesitado. Vendrá el enorme viejo para exigir que los usurpadores y funestos desaparezcan de su tierra.

Y allí quiero estar para ver el desenlace.

Tita

Es Ángela sólo para el documento; la vida la bautizó Tita. Se tutea con los setenta años pero trata de usted a la cotidianeidad. Hace un tiempo, un doctor la preparó espiritualmente, ya que luego de una difícil intervención le diagnosticó que no volvería a caminar jamás.

Y allí va hoy andando por el monte, desafiando los cincuenta y cinco grados que hace en verano, riéndose de los médicos y mostrándonos a los demás miembros del grupo, que sólo lo que se da por perdido se pierde de veras.

Mete la pata en el barro, en todas sus acepciones, inexorable consecuencia de quien mucho anda. Y de todo lo andado nada se lo queda. Todo lo da.

Dador de Vida

El tipo nos dice que él ama a los aborígenes, que son sus hermanos. *Un poco vagos eso sí, pero buena gente*. Empero, a pesar de su amor no puede mandar agua para la Colonia, pues no tiene los medios para hacerlo.

Nosotros le apuntamos que en menos de diez días la diarrea se llevó a quince hermanos, que varios más están muy graves. Algo hay que hacer para llevar el agua. No hay una gota en la colonia y el verano hace estragos.

El tipo nos responde que no puede hacer nada. El tipo es funcionario. Es el encargado de la planta potabilizadora de agua de Estanislao del Campo. Nada menos. Pero no puede mandar agua.

“–No depende de mí, *entiendanmê*”.

Nos hallamos en su despacho, una pequeña oficina de cemento al pie de la torre de agua del pueblo. Tira y afloja. Miguel, el tipo y yo. A cien metros de allí hay una feroz una pelea entre políticos por el control de la municipalidad y el agua es elemento de presión y de poder.

Afuera, en el caño de agua principal de la torre, han hecho una derivación chapucera con una manguera de goma. Allí dos empleados de la planta están lavando concienzuda y minuciosamente el auto del tipo.

Culebrón patético

La historia viene más o menos así: intendente de pueblo chico, que choca y se muere. En el auto, junto a él, va su amante. Asume el primer concejal. La mujer del intendente infiel, también concejala, lucha por destituir al usurpador. Arrebatado que le fue el amor, conservar el poder no sería tan malo después de todo. Juez que falla a favor de ella. El que está que no se quiere ir y trae a toda una turba a las puertas de la municipalidad para resistir. La policía, con el refuerzo de efectivos de pueblos vecinos que viene con la nueva intendenta para asegurar la asunción del cargo. Al fin la mujer puede entrar al predio pero el perseguido intendente saliente ha desaparecido. Tuvo la precaución de cerrar las puertas y escapar con las correspondientes llaves. Así que están todos esperando que venga un cerrajero para poder entrar. La nueva intendenta, para no ser menos, trae a sus propios seguidores, que a bulliciosos no los van a pasar así nomás.

Reconstruyamos el escenario. Una municipalidad cerrada, la intendenta que es pero no asumió esperando en el patio de tierra. Una treintena de policías desparramados y dos grupos que cantan y se insultan, o se insultan cantando. Los minutos pasan y ya empiezan a hacer fuego para el mate, el chipá y los chorizos. Cada grupo acampa por separado y entre un “prestame los fósforos” o “dame un poco de yerba”, sigue la cantata malhablada. El cerrajero que no tiene la deferencia de venir por el sencillo hecho de que no lo hay en el pueblo y están rastreando uno. En medio de todo ese sainete hacemos nuestra entrada María y yo, en busca de un ataúd para un hermano que acaba de fallecer. Así pasamos entre los bandos, la policía, las canciones y las parrillas. Nos presentamos ante la intendenta y le pedimos urgentemente un cajón. Llama a uno de los asesores y allí mismo, en el patio, gestiona el féretro.

Nunca pensó, creo yo, que alguien iba a hacer la crónica de su primera obra de gobierno.

Una foto de la vida

A juzgar por la cantidad de arrugas que exhibe su cara, Aurora Tita debería tener más años que los que podría llegar a contar. Pero no, no es tan anciana; la lucha diaria del monte y la vida del pobre se han encargado de envejecerla. En una oportunidad, venía ella de recoger leña y se volvía a su casa. Como una mala metáfora de lo cotidiano, llevaba, literalmente, un enorme peso en su espalda. Los maderos la sobrecargaban hasta doblarle el alma. Los tenía en un hato hecho con fibras vegetales que a la usanza de los antiguos permitía acomodar los troncos entre la nuca y la espalda, conservando las manos libres. Una suerte de mochila, si se me permite la comparación. Empuñaba un enorme machete que se notaba veterano de montes y rocíos.

Al vernos se vinieron, ella y leña, a nuestro encuentro. Nos colmó de besos y abrazos y nos pidió que le tomáramos una foto trabajando. Puso sus maderas en el piso formando una pila y clavó el machete verticalmente en la tierra mientras sostenía el pomo con sus manos callosas. Se iba a conocer por foto, y no quería perderse ese honor.

La solemnidad del acto, el machete y ella una sola cosa, la madera vencida a sus pies. Una estampa que respira trabajo y vida desde todos lados. La mezcla de mujer y tierra que es necesaria para la supervivencia en el monte.

Recordé la popular colección de libros Robin Hood, la de color amarillo que no faltaba en ninguna casa de pibe lector, allá por mi infancia. El propio Príncipe Valiente hubiera quedado en desventaja ante la inmensidad de Aurora esa mañana.

Aurora Tita no habla español, pero se comunica con nosotros con el lenguaje de la sonrisa. Cuando se alegra, se desata en su rostro un vendaval de ternura que expresa lo indecible. Mas cuando está triste, es el dolor mismo el que se encarna en su boca desdentada.

Caza

Cada vez es más difícil mariscar. El blanco ha cercado y alambrado mucho más allá de lo que dicen los planos y mapas e ineludiblemente el monte queda chico. No queda otra que adentrarse en la selva y prepararse a pasar varias jornadas lejos de casa entre serpientes y *leones*, pelo al monte, para tratar de llevar la comida a la familia que espera en casa. Las pocas presas que se pueden conseguir, luego de pasar días y noches de dura cacería, se colocan a como venga en las bicicletas, y a volver pedaleando a la Colonia.

El camino de regreso es el más peligroso. Acecha el más temido de los predadores. En plena ruta, la policía local, decomisa las armas, el producto de la caza y hasta las destartaladas bicicletas en bien de la justicia, de la seguridad nacional y de la patria.

Así es el regreso al hambre desde el hambre.

Mariscar: En el monte se llama así al procurarse el alimento a través de la caza, la pesca o la recolección. (N. del A)

Sálvese quien pueda

La religión, eterna reina de la envidia entre los humanos, no es forastera en la Colonia. Pastores evangélicos (hubiera dado lo mismo cualquier otra creencia) se encargaron de transmitir durante generaciones que la pobreza es un don que no recibe cualquiera sino los más queridos y amados. Además, que las cuestiones políticas no se condicen con los asuntos del Señor, que muy ocupado debe estar escuchando cánticos y salmos como para atender asuntos tales como el hambre de los pueblos o la injusticia enquistada en la propia tierra. Esas son cosas que no se corresponden con los asuntos celestiales y de última, el día de su muerte les llegará la correspondiente factura certificada con la adición adeudada.

En Juan B. Alberdi hay tres iglesias cristianas, cada una consagra sus propias celebraciones y dividen desde el monoteísmo a una comunidad de eternos pobres. Usurpadores de fe, hincaron en las carnes de América su hoja filosa de despecho y ambición. Manejados desde la gran nación del norte, pastores gringos bajan al polvo una vez por año a lo sumo. Entran con sus camionetas todo terreno llenas de Biblias que venden a diez pesos y le sacan a los hermanos, la mayoría analfabetos, la mitad de sus ingresos mensuales. Cuando Cristo echó a los mercaderes del templo, olvidó a los corredores y vendedores a domicilio.

Un treinta y uno de diciembre por la noche compartíamos una celebración por el año nuevo, cuando nos vinieron a avisar que a un bebé se lo estaban llevando la diarrea y los vómitos, y el desenlace era cuestión de minutos. Corrimos a pedirle al pastor, que usáramos su camioneta cuatro por cuatro y lleváramos a ese niño al hospital del pueblo. Increíblemente, entre dimes, diretes y esquives, se quedó allí, al pie de su camioneta vendiendo Biblias mientras llevábamos a la criatura en otro vehículo al pueblo. Elvira puteaba, Pablo lloraba y yo nada, como siempre.

Ni me molestaré en aclarar que fue imposible encontrar a médico alguno esa noche, por lo que continuaré con el relato cronológicamente. Marina compró en un kiosco del pueblo agua mineral, azúcar y sal e hizo una especie de suero que por acción de una pequeña cucharita hidrató esa noche al pequeño. Por la mañana lo llevamos al Hospital de Ibarreta, a 30 Km. de la Colonia donde nos confirmaron que si no hubiera sido por el brebaje proporcionado, muy posiblemente el niño hubiera

fallecido.

Por allá por julio, Maximiliano murió, no pudo ganarle al destino. Vayan desde estas líneas el recuerdo a la más pura inocencia humana. Y vaya también el homenaje a su madre, Claudia, que no quiso quedarse esa noche de diciembre en el hospital, como sugería el enfermero, sin que el niño recibiera atención alguna; ella lloraba y prefería ir a su casa, y regresar al día siguiente antes que permanecer sin cuidados en una sala fría a pesar de los cincuenta grados de temperatura.

A veces, el supuesto cobijo de un dispensario, puede ser la representación misma del desamparo al que los infames arrojaron sin ningún tipo de pudor ni sensibilidad a los hermanos más pobres de esta bendita tierra argentina.

Danza de la lluvia

Cada tanto coincidimos lluvia y nosotros en Estanislao del Campo. Y bailamos bajo las tibias gotas de vida. Nos dejamos mojar y acariciar. Hasta creemos que vale la pena todo el dolor. Sabedores del inmenso mensaje acuífero, compartimos la más grande de las alegrías, el recibir la bendición climática. En esas tierras sedientas, la menor precipitación representa la esperanza de supervivencia. Nada menos.

Claro que además, fuera de todo lirismo, sacamos el rezagado jabón del fondo de nuestras mochilas y le damos a nuestros cuerpos una merecida y harto necesaria refregada.

Marina

Flor de la vida, regalo de los días. Con ideas más firmes que la propia tierra, defiende y lucha. No teme, o parece no temer. Camina incansable, aguantando mis perpetuas bromas con sempiterna ternura. Recibida de doctora en la Universidad Mattagoy desparrama amor y atención a todos los dolientes. Como una torre repleta de cariño siempre está rodeada de gente. Centro de la humanidad. Representa la más cabal muestra de comportamiento evangélico. Enemiga de la tecnología acarrea cuadernos interminables, que debe haber sacado de aquella biblioteca universal de Borges, por el eterno contenido de cada uno. No hay charla, dato, nombre o número telefónico que no tenga escrito en ellos. Me acompaña en el socialismo y la dejé de acompañar en la Iglesia. Claro que es chinchuda y no le gustan mis chistes machistas, pero qué importa a esta altura si no sé si la quiero más de lo que la admiro o viceversa.

M'hijo el doctor.

No cuentan los pobres de la tierra con la justicia. Ni la civil, ni la divina. Todo es cuesta arriba. Todo se padece. Así se vive.

Desgarra el alma caminar entre los enfermos que sentados en la tierra, sólo te exponen su mano y te repiten incesantemente “-remedio, remedio”. ¿Cómo se mira a ese hermano y se le dice que uno no es médico y nada sabe de esas cuestiones? Entonces acariciamos al enfermo, lo consolamos y lo llevamos en algún vehículo al hospital. Y tal vez allí empiezan los verdaderos sufrimientos.

Y es que el más mínimo de los padecimientos se hace crónico. No hay ni una aspirina para calmar una jaqueca, ni un calmante para una muela, ni unas gotas para el dolor de panza. Y tampoco hay agua para tomarlos. Encima de eso no hay doctor que te cure. El que está no merece llamarse así, y hasta quizás no lo sea realmente. A veces, muy de tanto en tanto, revisa a algún hermano que se haya costeadado hasta el hospital y le escribe el nombre de algún medicamento en el reverso de una boleta de las que se usan en las votaciones. Y allí sale el hermano pilagá, con el dolor, el papel, sin dinero y sin remedio.

Una vez le tocó a Vivi enfermarse malamente. El agua que había tomado, por supuesto no era potable y la había colocado en una situación realmente comprometida. Se iba en vómitos y diarreas. Y entonces el doctor se sintió en la gloria, al recibirnos en la sala del hospital, tenía a sus eternos enemigos, (“Los santitos” nos llama), frente a sí. Luego de revisar a Vivi le diagnosticó apendicitis. Al mostrarle yo la cicatriz que demostraba que mi esposa ya estaba operada del apéndice, me respondió sin que cambiara un ápice su expresión:

“-UUhh, entonces es más grave todavía”.

El final es épico, o más bien patético.

- ¿Y cuándo se vuelven para Buenos Aires?-preguntó.
- Pasado mañana- respondí.
- ¿Y se van a llevar el cadáver?

El segundo hogar

La escuela ciento sesenta y siete se encuentra en el centro de la Colonia Juan Bautista Alberdi. Cada día futuros argentinos (futuros, porque hasta que no se vota allí no se argentino ni nada) vienen caminando, solitos, tomados de las manos, a recibir la educación general básica obligatoria. Y cuesta creer que los baños sean usados como depósitos de mapas y los niños hagan sus necesidades en letrinas infectas a cien metros fuera del establecimiento. Parece una broma que las canillas estén fijadas a las paredes porque nunca hubo agua allí, por más que el tanque esté firme en la azotea.

Increíblemente los maestros no hablan idioma aborígen, aunque los *M.E.M.A.* * estén reconocidos en la ley y sean un derecho de los hermanos, el estado no los designa por vaya a saber uno que cuestión política. Por lo tanto la cosa se pone difícil en los primeros años, cuando los chicos vienen de sus casas con el idioma pilagá y poco y nada de español.

Los juegos didácticos y la TV están bien guardados, son lujos que los pobres no merecen. Los desempolvamos cada vez que vamos y gozamos con esa mínima trasgresión de enseñarle a un chico a jugar al ludo o a las damas chinas. Ni que hablar de las funciones de dibujos animados por la tarde.

Es la escuela nuestro punto de encuentro y nuestra morada, beneficio que incorporamos ya que generalmente viajamos en las épocas de vacaciones o en feriados nacionales. Para nosotros esa es nuestra casa allí en la Colonia. Lástima que no lo sea para los hermanos durante el resto del año. Las autoridades del colegio están lejos de los aborígenes. Y prefieren estarlo.

Dicen que para muestra basta un botón, y aunque no estoy muy de acuerdo con esa definición, cederé con mis apreciaciones y lo aplicaré contando esta pequeña anécdota. En una oportunidad fuimos a pedirle las llaves a la directora para acampar en la escuela. No cabía en sí su asombro cuando le contamos que allí pernoctábamos y que preferíamos dormir en la Colonia cerca de los hermanos, antes que hacerlo en el pueblo.

- ¿Y no tienen miedo de qué les hagan algo? Preguntó.

M.E.M.A. Maestro Especial Modalidad Aborigen. (N. del A)

Desorden de sueños

Los hermanos aborígenes se asombran porque los abrazamos y besamos. Nadie lo había hecho jamás. Reímos juntos y nos queremos. Suena cursi, pero la repito para que se saboree la frase. Reímos juntos y nos queremos.

A algunos de nosotros nos rebautizaron llamándonos como algún antepasado más o menos célebre porque repetimos alguna característica de aquellos antiguos. Es innecesario que desarrolle el inmenso orgullo y la responsabilidad que implica en nosotros llevar esos nombres.

Esas cosas simples y directas nos llevan al límite del misterio humano. ¿Qué hace que nosotros que vivimos a mil cuatrocientos kilómetros de allí estemos unidos fraternalmente con este pueblo? Explican que con nosotros se sacaron la ropa de la desconfianza y se pusieron la de la fe. Exponen que durante años oraron para que Dios les mandara una ayuda y esa ayuda somos nosotros. Yo aseguro que Dios debería haberse esmerado bastante más.

En Formosa no somos ya los que fuimos. Dice el obispo Olmedo que el que pisa la huella del indio jamás la abandona.

Siempre sueño que seguimos yendo a Formosa por siempre. Pero no a compartir el sufrimiento ni a pelearle a la muerte. Sino a bailar, comer asados y jugar al carnaval entre todos. En mi cabeza juego partidos de fútbol con los chicos y después tomamos Coca Cola. Los indios tienen casas, las casas tienen mesas, las mesas tienen platos y junto a ellos hay utensilios. Una fuente humeante espera que nos dediquemos a ella. Los chicos van a la escuela y los papás al trabajo. Siempre termino estos sueños con la misma reflexión mínima, pequeñita, como mi entender. Estoy soñando para ellos una vida plausible, con los derechos que cada uno tiene por el sólo hecho de ser persona. No debería ser un sueño. Y ahí me quedo. Con ganas de jugar al carnaval.

Finisterre

Una vez que cavaste una tumba nada vuelve a ser igual. Sobre todo si esa tumba es para un niño. Con menos dolor que bronca tomás la pala y abrí en la tierra durísima un lecho. Siempre que me toca esta infame tarea me consuelo pensando lo mismo. No es un sepulcro, es una cuna y allí dormiré tranquilo hasta que cese el dolor y el hambre.

El calor es el más terrible que he padecido. Los mosquitos te perforan ropa, piel y carne. Y allí estamos con Mattagoy, pala y pala. En un paraje alejado de la Colonia que hace las veces de cementerio infestado de serpientes y muerte cavando la tumba de un pequeño que murió de pobreza. Vamos a avisarle a los padres que ya está lista. La madre no quiere venir, llorando lo despide. Tomamos el ataúd y un líquido que sale de adentro, consecuencia del efecto del calor sobre el cuerpo del inocente me recorre las manos. No sé como consigo mantenerme en pie. Por fin partimos hacia el cementerio. El padre del niño camina con el pequeño cajón bajo el brazo, con el otro saluda a los vecinos que salen a nuestro paso. Todo el cortejo fúnebre lo componemos seis o siete personas, demasiado poco para tamaña pérdida. Me pregunto quién se enterará alguna vez de la injusticia hecha muerte acá en Formosa. Mastico tierra y calvario. La pala me pesa ya de llevarla sobre el hombro, y todavía falta lo peor.

Psicología de café

“Vístete decentemente. Dios te está mirando”

Esta recomendación recibe y amenaza a los feligreses en la puerta de la Parroquia San Miguel en la ciudad de Formosa. A sólo cinco cuadras de allí, en ranchitos fabricados con sogas y bolsas de *nylon* de esas que regalan en los almacenes viven treinta familias pilagá. En medio de un basural, peleando a la muerte día a día, inmersos en la más completa miseria, tratan de cirujear en las calles del centro el sustento diario mientras el cura y su corte de defensores de la decencia popular, ocupados están en el largo de las polleras criollas.

Estoy seguro que el Creador no se entretiene mirando a las chicas con lascivia desde allá arriba. Más bien lo imagino llorando de rabia a raíz de la calidad por demás lamentable de sus empleados administrativos, que proyectan en Él sus propias miserias.

Rosy

No llegaba a los veinte años. Esperaba un hijo y tuvo pérdidas. Fue al hospital por sus propios medios y quedó postrada, por medicamentos mal administrados. Necesitaba urgente un traslado pero tuvo que esperar una semana para que se enfermara otro pobre y la ambulancia llevara a dos pacientes, ya que por uno solo el aparato mafioso-oficial no justifica la puesta en marcha del vehículo. Vale menos una vida que veinte litros de gasoil. Cuando por fin la llevaron, ya era tarde. Estuvo agonizando casi un año, en un jergón bajo un alero. La última vez que la vi lloraba de la emoción al ver que Mattagoy había ido a visitarla. No media más de metro y medio y no llegaría a los cuarenta kilogramos. Se consumía irremediabilmente.

Murió una mañana de primavera.

Mientras tanto el infame de turno, se pavoneaba anunciando nuestra presencia activa en el primer mundo.

Vocación desaguada

Soy una débil consecuencia de mis pareceres. Como transeúnte del mundo contemplo el gran escaparate de la humanidad. Y así, entre tantas cosas que pasan de largo a favor de mi inoperancia como ser humano, de pronto una se me hace carne y desemboca en acción directa. Allí se produce el encuentro, de golpe y porrazo con una realidad forastera. Y una vez que la he visto ya no la podré sacar jamás de las retinas y del alma. Y saco carné de solidario como uno más de los patanes que suelen plagar los medios y las calles.

Creo entonces que soy otro, el sol sale desde mi pecho y se pone más o menos a la altura de los hombros. Paso a ser sensible y comprometido. La gente me felicita y me aplaude en las iglesias luego de hablar ante ellos.

Me provoco náuseas.

No soy ni nunca seré ejemplo de nada. Pertenezco a la peor lacra humana y detesto cavar tumbas y pelearme con políticos ayunos de escrúpulos. Odio desde la profundidad de mi descascarada humanidad soportar a algún periodista que dictamina que el último romance de la estrellita de moda es más noticia que la muerte de una persona. Me provoca una profunda desazón el pasarme fines de semana en las puertas de las iglesias vendiendo artesanías en lugar de ir al fútbol o al cine con mis hijos. Me repugna la supuesta confraternidad religioso-solidaria que enarbolan cristianos de oropel y cartel de salvo *per se*. No entiendo todavía la razón por la que se le niega agua a un pueblo y se lo deja morir así como así. Y soy colega del verdugo. No estoy en el grupo Mattagoy por placer ni me provoca felicidad ir a Formosa a luchar contra la pobreza disfrazada de muerte.

Siento que mi mente está a punto de estallar cuando luego de pagar veinte o treinta pesos a cada artesano por la venta de sus productos observo la fila que se forma en la ruta de caminantes hacia el pueblo. Me seca el alma saber que van a comprar comida y me perfora el pulmón cuando los viejos me miran y sonriendo mientras se tocan el estómago me dicen que HOY comieron....

Tengo una sola cosa como valor. El conmovirme ante la injusticia. Y me empuja cada día la mirada de Humberto, el anciano que con una sogá anudada donde había marcado la altura de su nieto acuchillado le pedía al policía que le

consiguiera un ataúd, y el milico ni lo miraba. Humberto no sabía qué hacer ante el desprecio del poder hacia el infortunado.

Y como único pedido de auxilio me miró. Y me sigue mirando en silencio. Cada día. Hasta mi muerte.

De maderas varias

Mediodía del demonio. Afuera cien grados, adentro setenta. El sudor fríe nuestros cuerpos ya cansados. Estamos con Miguel haciendo un encofrado para moldear unas tapas de cemento que luego protegerán a los flacos pozos para que al menos conserven algo de agua.

En eso estamos cuando nos avisan que un bebé ha fallecido. No hay ataúd y los padres nos piden ayuda. Y así es como el molde troca en sarcófago y los ocasionales carpinteros en hermanos para siempre.

Sin desatar el nudo que se nos ha hecho en el alma, hacemos lo piadosamente posible para que el niño tenga un cajoncito *lindo*. Nos sentimos unos buenos para nada, no puede estar *lindo* sabiendo que es para otro niño asesinado por el sistema. Hasta que Miguel da la palabra justa.

- Que sea *digno*.

Como esos autómatas que ensamblan las piezas de los coches, continuamos con nuestro trabajo. No queremos caer en la cuenta de lo que estamos haciendo porque seguramente nos quebraríamos. Las chicas consiguen un pequeño retazo de sábana limpia para que podamos hacer una suerte de revestimiento interior.

Al terminar la labor, nos fuimos a la casa del pequeño. Estaba el cuerpecito envuelto en un trapo sobre una cama destartalada, que a su vez estaba debajo de la incipiente sombra de un árbol. En la cabecera de la cama la abuela y la mamá lloraban como lloran los aborígenes, para adentro. A los pies del jergón dos hermanitos del difunto jugaban y otro trataba de sacarle algo de pulpa a una sandía ya agotada.

Al ver que el cajoncito ya venía con la mortaja de tela, le sacaron el trapo al difunto y lo separaron. Por supuesto ese trapo pasaba a ser *ipso facto* una sábana que podría abrigar a alguno de los niños que seguían vivos. En la necesidad extrema no hay lugar para liturgias.

Cada tanto, mucho más frecuentemente que lo que la sanidad mental preferiría; uno se cruza con algún burgués que vocifera a lo burgués cosas tales

como “-a mí nadie me regaló nada, yo sé lo que es la necesidad”, y tengo serias dudas de que lo sepa realmente, pero ya no lo contradigo. Harto estoy del patético discurso de los avestruces de la realidad.

Vivi

Su corazón es un bólido que no para de sentir. No tiene piel, todo lo vive sobre la carne, por eso siente el dolor más profundamente que todos nosotros. Presa de la vorágine de su interior, rema constantemente sin importarle la dirección y la fuerza de la corriente. Se coloca un escudo de nada y va hacia donde haya que ir.

Abraza con abrazos. Es querida por todos los hermanos y adorada por las hermanas. Es compinche con ellas y con los niños. Un cascabel de frescura y alegría que suena en la Colonia.

A veces su cáscara se rompe y muestra lo mejor de sí. Como una fruta que reserva la parte más dulce cerca del corazón, saca de sus adentros lo más tierno y delicioso y se convierte en una niña que todo lo necesita. Claro que en cuanto toma conciencia de ello toma su escudo y nuevamente parte a servir.

Me enseña de la vida y me acompaña. Con sólo decir que ahora es mi esposa no me alcanza para expresar todo...

Arena

Las funciones de los payasos son un *boom* artístico en Formosa. En cada visita una de las primeras cosas que nos preguntan, grandes y chicos, es “si esta vez vinieron los payasos”. Como si fueran otros seres, no Mattagoy y yo mismo disfrazados, los payasos tienen una vida propia que regala algo de fantasía entre la crudeza más despojada.

No recuerdo bien como empezó, creo que Jose me lo propuso un día y empezamos a pensar *gags* de los Tres Chiflados, Firulete y Cañito y de tantos otros que nos han regalado una infancia de risas. Literalmente cientos de hermanos vienen a ver a los payasos cada vez y participan riendo y soñando. Detrás de los afeites y estuques, sudando la gota gorda, los miro pero no los veo. Disfruto y río con ellos. Me hago chico otra vez. Pienso en mis hijos. Y los siento allí.

Como si hiciera falta aclararlo, por aquellos lares la actividad cultural y artística es absolutamente nula. La escuela posee un televisor que no comparte y eso es todo. Así que las funciones de los payasos son esperadas por todos. Hasta de otros parajes vienen a ver a los payasos, lo que nos provoca una ternura *in extremis*, ya que sabemos que caminaron varios kilómetros o incluso juntaron moneditas para costearse el pasaje desde algún lugar vecino. Hubo casos de hermanos que pospusieron compromisos en la capital o trámites para quedarse algunos días más y no perderse la función.

Lo cierto es que nosotros tenemos que estar a la altura de las expectativas y vamos recolectando durante el año disfraces, rutinas, juegos, malabares y todo lo que nos parezca que pueda ser interesante y divertido. En cada edición la producción artística aumenta y ya hacemos escenografías y decorados. La inefable María es nuestra diseñadora de vestuarios y asistente. Una vez, de tanto que se rió, no aguantó más y literalmente se orinó encima en plena representación.

En una oportunidad yo estaba afligido y quebrado. Veníamos de un funeral de un niño y por la tarde íbamos a otra Colonia a representar a los payasos. No quería hacerlo. Mattagoy advirtió mi estado y pronunció las palabras mágicas.

- Vamos Javi, mirá que estos chicos nunca vieron a un payaso, hoy *la tenemos que romper*.

Y era verdad, los niños de Ibarreta no conocían lo que era un payaso ni otras cosas realmente corrientes para nosotros. Recuerdo que compartimos alfajores con los chicos y a varios de ellos hubo que mostrarles como se sacaba el papel ya que se quedaban con la golosina en la mano sin saber qué era y para qué servía.

Todo ese entorno desembocó en la mejor representación de los payasos de cuantas hayamos hecho. Y luego de ese momento de magia volví a la tierra. Ese vaivén de los ánimos es una instancia dónde uno reconoce sus limitaciones y toca los extremos del padecimiento. No puedo soportar todavía con hidalguía y tesón la sucesión y convivencia de la muerte y la vida sin los momentos de duelo y goce tan propios y tan necesarios.

Liturgias

El periplo por las parroquias, hijo de la venta de artesanías, nos ha dado un borbollón de escenas que tanto han marcado como acariciado nuestras almas. La diversidad del catolicismo, que tanto promueve a un Grassi como a un Tissera, provoca inevitablemente dicotomías y tirones que no es mi objetivo analizar, sino rescatar de la muerte por olvido a algunas anécdotas sueltas que ese peregrinar nos ha regalado.

Por ejemplo aquella señora copetuda que entraba con su marido a la iglesia y mirando nuestro puesto de artesanías y sin leer el cartel que habíamos puesto sentenció:

-En la época de Jesús echaban a los mercaderes de los templos.

El cura del barrio rico no nos dejó contar a los feligreses el porqué de nuestra visita, (como tantos otros que se creen dueños de las parroquias, el egoísmo no es privativo de ese sacerdote, sino que parece ser una cosa bastante común en el clero, justo es decirlo), y nos ordenó:

-*Quedensé* tranquilos, yo hablo por ustedes.

Tamaña suerte la nuestra la de contar con un profeta semejante que habla de nuestra experiencia sin conocerla en lo más mínimo. Como un oráculo patético dijo a la concurrencia:

-En la puerta hay unos chicos de La Cava que hacen artesanías, vamos a darles una mano pobrecitos....

Un febrero de no sé que año, algunos de nosotros estábamos de vacaciones en un pequeño pueblo junto a la playa y de pura casualidad nos encontró una tarde charlando con el cura sobre un médano. Le contamos de nuestra experiencia con los pilagá y luego de cervezas y guitarras nos invitó a la misa dominical. Allí estuvimos

con menos espíritu cristiano que sueño. En el momento de la homilía nos hizo pasar al frente, nos presentó a la concurrencia y sin preparación alguna pidió que contáramos lo que Mattagoy hacía y allí nomás estableció una colecta para nuestro grupo que se hizo efectiva durante la misa misma. Vaya este recuerdo para Gustavo, el cura guitarrero.

En algunas parroquias, nuestra presencia es esperada y festejada. Año tras año se repite el ritual de nuestro grupo y centenares de manos anónimas nos dan fuerza y ganas de seguir. Verdadera fraternidad, sin credos ni patrias que por el solo hecho de ser desinteresada ya conmueve. Las ventas de las artesanías crecen y el dinero para el artesano, su *platita*, recorre las distancias y llega a sus manos callosas. La satisfacción de ese hermano aborigen que se ganó sus pesitos trabajando y podrá comprar comida para sus hijos ese día, se hace sonrisa y desanda el camino de vuelta para depositarse en los hermanos que compraron esa artesanía cerrando un enorme ciclo de amores desconocidos pero cercanos. Esos que aquí compran las artesanías o se preocupan por la causa son también parte fundamental de nuestro grupo y con ellos estamos en este camino de monte y polvo.

Dejo para el final un delicioso recuerdo. Mientras bajábamos las artesanías de la camioneta y las depositábamos en la vereda, un ciego estaba mendigando a unos veinte metros, en la puerta de la iglesia. Dejamos las artesanías allí en la vereda y nos encaminamos dentro de la sacristía a buscar a algún responsable para empezar a acomodar el puesto de venta. Al pasar al lado del ciego nos dice:

- ¿Es qué ahora los curas venden canastos?

Romero

Para mí, Oscar Romero, tiene la cara de Raúl Juliá. Mi aproximación a la vida del obispo salvadoreño fue a través del filme protagonizado por el actor puertorriqueño en la que se cuenta, ¡Oh sorpresa! la participación de los Estados Unidos de América en la sangrienta dictadura salvadoreña. Recuerdo con particular dolor una escena en la que una familia se cubre de la lluvia bajo una bolsa de plástico en medio de un basural. Esa bolsa de plástico era su casa y la imagen del desamparo me pegó duro en la juventud que ostentaba entonces.

Muchos años después, en el barrio Las Delicias de la ciudad de Formosa, vi con mis propios ojos, algo semejante. En un predio del ferrocarril, con tantas ratas como residuos, un grupo de pilagás le disputa penosamente cada día al designio neoliberal. Viven en ranchitos de barro y cartón, aunque los hay en gran cantidad de bolsa plástica y cuerdas de nylon. Algunos se hacinan en un viejo galpón que supo ser taller de locomotoras cuando el ferrocarril era vida. Conviven bajo el tinglado sin más intimidad que unas cuantas bolsas anudadas separando a las familias. El suelo revestido en gasoil y aceite rancios, los niños sin calzado y sin escuela peleando desarmados al destino.

Todo esto sucede a cuatro cuadras de una parroquia en la que el verdadero Oscar Arnulfo Romero tiene poco o nada de fama.

Miguel y María

No se los puede separar ni siquiera en el título aunque cada uno brilla con luz propia.

Miguel es capaz de construir un avión en medio del desierto y encima pedirte disculpas porque no encontró el color de tapizados que le hubiera gustado. Ingeniero pragmático, enemigo de los escritorios, tiene entre ceja y ceja el tomar un vaso de agua fresca en la Colonia. Organizador y motor de las obras, deja el alma en cada herramienta empuñada.

María es capaz de embellecer hasta un cascote. Dueña de un sano delirio solo comparable a su imaginación, desparrama alegría por doquier. Como una joven madre de todos nosotros, ríe por el solo hecho de vernos reír. Nunca pierde su buen humor que contagia a todos. Necesariamente.

Ambos nos demostraron que los prejuicios son hijos de la soberbia o del fascismo. Nos honran con su amistad y como miembros del grupo Mattagoy. Ponen a disposición de quien lo necesitare, todo lo que la vida les ha dado. Ni más ni menos.

A medida

Un muchacho acaba de morir. Su abuelo nos pide ayuda para ir al pueblo a buscar un ataúd. Luego de infructuosas entrevistas con el intendente, una concejala y un policía; resulta que debemos gestionar el féretro con el secretario de gobierno al que encontramos haciendo aerobismo en la ruta. La escena que se desarrolló es tan increíble como patética.

-Estamos acá con el hermano que tuvo la desgracia que se le murió su nieto y necesita un ataúd.

- *Pucha*, ¿justo hoy?

Era un sábado y el aborigen encima de pobre era inoportuno, ¿A quién sino a un indio se le puede ocurrir morirse un sábado por la tarde? Al ver nuestra cara de pocos amigos ensaya:

- *Bué*, vamos a ver que podemos hacer. ¿Trajiste la medida?

El abuelo saca de su bolsillo una soga anudada donde ha medurado a su difunto nieto. Es común allí esta práctica. La respuesta del funcionario, rápida como un relámpago y con la carga de sadismo y soberbia más grande que haya presenciado en mi vida le dice:

-Pero acá tenés nada más que la altura, necesito también el ancho de hombros....

La historia sigue, pero le dejaré al lector sólo este fragmento. Sepa usted que nosotros nos volvemos a Buenos Aires pero los hermanos aborígenes siguen allí y el secretario también.

Elvira y Juan

Como en una obra, por orden de aparición, estos dos personajes nos honran con su permanencia y amistad. Sabedores de que el verdadero amor no se encuentra en las primeras, recorren los intrincados senderos de la vida en mutua compañía. De perfil bajo y compromiso alto, necesitados de dar. Sale de Juan un torrente de mates puntuales y detergente esparcido sin que nadie lo pida ni lo note. De Elvira brotan libros y diálogos que títeres, muñecos y personajes tratan luego de llegar, divertir y enseñar a los niños pilagás. Nunca pedimos a nadie que se uniera a nosotros pero a ella la fuimos a buscar para que nos acompañe.

En un lento y fructífero compartir, Vivi llevaba y traía prosas, vivencias y charlas en las tardes de colegio, contando y relatando con su entonces compañera lo que estaba pasando en Formosa. Hasta que un día salió el sol y Elvira era ya de los nuestros.

Luego vino Juan, como un valor agregado.

Políticos

Afilan sus garras a la vista de todos, mezcla de impunidad y de desafío.

Miles de inocentes mueren y seguirán muriendo, víctimas de su labor corrupta. Roban al pobre, al niño, al enfermo, al anciano, al paria, al débil.

Malhechores de la peor ralea. Cobardes malditos. No pueden engañarnos. Los conocemos, los desafiamos, les planteamos batalla. No valen entre todos lo que una sonrisa de un niño pilagá. Cuervos infames. Entregadores de vidas. Comercian con el hambre de los débiles, con la salud de los que apenas pueden tenerse en pie.

Cuentan con cómplices de traje que los apañan, y de sotana que los bendicen y comen en sus mesas. Se pavonean con autos de revista y teléfonos celulares. Tilingos e incapaces. Hicieron de sus vidas una jeringa que extrae de los pobres el último hálito de existencia.

Sabedores de la miseria que soportan los aborígenes, lucran miserablemente con la necesidad. Mercaderes de destinos. Allí en la Colonia, una bolsa de comestibles implica lisa y llanamente la posibilidad de seguir subsistiendo. Y cada voto o favor político será conducido manejando esa premisa. Tener comida para una semana a cambio de un voto o el apoyo en una acción es un precio que se paga con aterradora frecuencia. El pobre no tiene derecho a elegir. La necesidad es extrema y no puede tener frente a sus ojos el sustento para sus hijos y poseer el temple de negarse.

A veces el detestable político lo compra sólo con las promesas; encima le sale gratis la vuelta.

-Si gano la elección va a haber zapatillas para los chicos.

Claro que luego del escrutinio, zapatillas y caras son olvidadas hasta la próxima votación.

Desde este pequeño lugar los maldigo mil veces. Les deseo fervorosamente que todas las almas de los inocentes que cayeron debido a sus fechorías los atormenten hasta el fin de sus días con un dolor que ni el propio lucifer conozca.

No faltará el cristiano que me endilgue el mote de vengativo y violento. Y que la violencia no se arregla con más violencia y cuestiones similares.

Ya me han querido vender una vez a la impunidad disfrazada de perdón.

No la compré esa vez ni nunca jamás.

Marcos y Belén, hijos míos. No callen ante las injusticias. No teman. Enfrenten al tirano y a los asesinos. No hagan caso a los tibios, aquellos de los cuales Dios se avergüenza.

Leyenda

José Luis Mattagoy, nacido Avendaño, es una de esas personas que se definen como mitos vivientes. En innumerables oportunidades, caciques y ancianos recorrieron kilómetros sólo para conocer a ese blanco que no parece humano. Sus palabras se veneran y sus pasos se imitan. Cree que el mundo es un lugar para ser transformado y trabaja para ello. Lento para el despertar y para el dormirse, recibe a cada uno con interminable atención. Nadie se va defraudado porque Mattagoy lo escucha, lo toca, lo atiende, lo abraza, lo ama, lo admira.

Sus palabras se escuchan en el monte como si el mismo Cristo llagado las pronunciara. Los hermanos oyen y saborean cada sonido, sabores de la extrema sinceridad de ese blanco que se hizo indio de golpe.

Me ha enseñado como se debe vivir. Derecho e inflexible como una columna, sostiene y cobija. Lo simple de la inmensidad de la hoy escasa honradez humana.

Un niño corre por el monte. Sus risas se oyen pero no se lo ve. Empuja una rama entre el espinado suelo. Ríe, remarco; que no es poco por aquellos lares.

-“Camioneta de Mattagoy”. Grita imitando al motor de la *combi*.

Entonces sé que dentro de muchos años, se dirá entre los ancianos pilagás que un ser magnífico visitaba la colonia allá por los 2000. Que todo un grupo de blancos venían con él y llevaban orgullosos su nombre. Contarán que medía tres metros y hasta los animales salvajes le obedecían. Que peleaba contra los policías y los milicos y con un solo brazo derrotaba a los políticos. Que no comía ni descansaba y llamaba a todos por su nombre y en su pecho llameaba un corazón rojo como una brasa.

Y todo eso será cierto.

Maná con colesterol

Esa tarde, una vaca acertó (nunca mejor dicho) a morir en plena colonia. El arriero que estaba a cargo de la pequeña manada y había elegido pasar a través del territorio aborigen para ganar algo de tiempo, vio como el ejemplar simplemente se desplomaba y espiraba, quizás víctima del calor de fragua de ese día de enero. Fue así como el resero pidió que le guardasen el cuero, pero dio el animal entero a los pilagás.

Como una luz filosa, los hermanos sacaron cuchillos de sus casas, y con clínica maestría, desollaron al animal y lo faenaron al grito de “asado para Mattagoy”, curioso himno antifonal, con el fondo de las risas que generalmente producen las lluvias de carne entre los pobres.

Dios es futbolero

A la entrada de la Colonia, bajando la picada desde la ruta, el peregrino se encuentra con una cancha de fútbol. El suelo seco, de tosca dura y poco amable, ávido de aguas que no llegan nunca. Sobre ese terreno los jóvenes aborígenes que no van a la iglesia patean por las tardes, cuando el sol empieza a compadecerse de tanto calor. El detalle de los que no van a la iglesia no es menor. Los pastores excluyen de los derechos de los feligreses a las canciones, bailes, libros y pasatiempos que no provienen de la propia entidad. Así estos colonialistas de Biblia en mano se aseguran de tener bajo su autoridad y contralor a su rebaño en cualquier circunstancia, y la cultura aborigen se va muriendo de a poco.

Estos futbolistas condenados por los exegetas gringos, son el último bastión de resistencia cultural aborigen ante el avance yanqui contra la identidad latinoamericana. En cada pique de un delantero renace el baile sapo por el que fueron apaleados sus abuelos. En cada gol gritado con fuerza se nota el canto de sus madres, hoy callado a fustazos.

Cuando se abrazan para festejar una conquista renace el malón, y el pastor colonialista vuelve a temblar.

Nuevos Herodes

Sufrimiento de chicos. Hambre cruel. Dolor sin medicina. Vida sin mañana. Sus padres frustrados los traen como canto a la vida y a la esperanza. Muchos mueren sin llegar a ser concientes de su propia existencia. Los más afortunados sólo tienen su propia vida y poco más.

No conocen de juguetes ni de golosinas. No tienen ni la remota idea de lo que es un cine o un teatro. Apenas poseen algo parecido a una escuela a la que si no concurren con el guardapolvo reglamentario, no pueden entrar. Y la mayoría no lo tiene. Pues no entra.

El ir a la escuela casi consolida una comida diaria, que será la única. Por lo que la educación pasa a ser la segunda cuestión importante allí adentro. Los maestros no hablan su idioma y la directora no conoce su mundo.

Los puede uno reconocer por sus remeras. No importa en qué época del año uno vaya por la colonia. En los calores más terribles o los fríos más gélidos, el niño tendrá inexorablemente la misma, única, vestimenta.

Uno piensa e imagina la sensación de los padres al ver esa realidad de sus hijos. Difícil es escribir sin caer en un golpe bajo, tan expuestos estamos a la descripción de la más dura de las realidades. El convivir con el llanto por hambre, las enfermedades sin cura. La culpa de los inescrupulosos y el desinterés del resto de la humanidad ante tamaña matanza. ¿Ante quién llora un padre con un hijo muerto de hambre?. ¿Cómo hace para ver todos los días al médico que dejó morir a su descendencia?. ¿Existe alguien en quien confiar para realizar una denuncia efectiva?

Ternura extrema. Inocencia y amor. Ejemplo de lucha es el niño pilagá. Bendito sea cada uno de ellos.

Pablo y Tamara

Suele aparecer en los señaladores de dos por cincuenta centavos, una leyenda que, con la cursilería extrema de esos aforismos comerciales, expresa algo así como que un amigo es un hermano que se elige. Pablo es mi hermano y amigo, pero no lo elegí.

Desde que nací, escrito estaba que Pablo sería mi hermano, aunque lo conocí casi treinta años después. No se describe la amistad en esencia. Es. Sin tiempo y sin distancia.

Capaz de reírnos por horas o de caer rendidos en llanto, nuestra vida en común transcurre mansa, inexorable. Su medio ser, Tamara, se multiplica en cada gesto y cada tarea, con eterna alegría y disposición.

Los aborígenes los acogieron instantáneamente, intuyendo con su ancestral sabiduría la inmensa humanidad de esos personajes.

Ambos, hoy padres y lejos, viven de todas maneras en cada minuto de la vorágine grupal. Los extraño con llanto, con las lágrimas del que se siente solo luego de haber saboreado el vino dulce del trabajo codo a codo y la amistad fraterna.

Larva

-Acá les presento a los dos candidatos pilagá para las próximas elecciones del I.C.A.

Nos sorprendió la voz en la mañana de Formosa capital. Estábamos en el barrio Las Delicias, dónde un grupo de pilagás tiene allí su pequeño y voluntario destierro, cuando el vozarrón prevaleció al letargo natural de ese lugar. Los aborígenes no hablan a los gritos. Nos volvimos hacia el lugar de donde provenía el palabrerío. Un blanco de pantalones blancos andaba de proselitismo seguido de dos indios cortos, callados y tristes que seguían al bravucón adondequiera que este fuere. Al vernos se sorprendió, no nos conocía. No pertenecíamos al serpentario que merodea la colonia.

- ¿De dónde vienen?
- De Buenos Aires, San Isidro- respondió Jose
- Yo conozco a Posse, gran amigo mío
- No somos radicales ni en lo blanco del ojo- le dije
- También trabajé con los peronistas. Les puedo contar historias fabulosas, conozco al tipo que embalsamó a Evita....
- Tampoco somos peronistas, odiamos a los políticos.

El sujeto se había cambiado de partido en menos de lo que tardamos en contradecirlo. Al preguntarle que hacía metido un blanco en una elección aborígen, trató de convencernos de que era periodista y solamente ayudaba a estos hermanos a hacer la campaña. Podría haber dicho que era remisero o empleado de la junta electoral, no se le creía ni su constante sonrisa. Los candidatos ni hablaban. Le preguntábamos cosas simples y no podían hilvanar una frase. Le decíamos a los hermanos, frente a él mismo, que no crean en estos políticos de porquería, que sólo querían embaucarlos en su buena fe.

Visiblemente contrariado por nuestra inquisitoria, el aprovechador de pobres decidió marcharse. Dijo que volvería en unos días, seguramente a la espera de

nuestra partida.

Se fue en su camioneta cuatro por cuatro importada. Los dos candidatos consiguieron una bolsa de arpillera y se iban por la calle juntando mangos maduros de las plantas cercanas para llevar algo que comer para su ranchito esa tarde.

I.C.A.: Instituto de Comunidades Aborígenes. Organismo oficial presidido por un blanco y que en su jerarquía continúa un triunvirato con un representante de cada etnia (tobas, pilagás y wichis). A grandes pinceladas, esta dependencia asume la función de hacer cumplir los derechos de los aborígenes, concedidos por la Constitución Nacional, amén de fomentar el bienestar general y el desarrollo de las comunidades y la protección de las costumbres y la cultura. En todo nuestro peregrinar por tierras formoseñas, no hemos encontrado un solo hermano aborigen que hable bien de esta institución, y sí innumerables denuncias de saqueos, robos engaños y raterías de la peor calaña. Vaya el pequeño relato que antecede a esta denuncia, como uno de los tantos y tantos abusos que el I.C.A. comete ante quienes supuestamente debe proteger. (N. del A.)

Cumpleaños del sobrino del intendente

Seguramente todo ha sido una alucinación. Indudablemente estaba fuera de mí debido a los cincuenta grados a la sombra, el agotamiento y la presión. No es posible que tamaña cosa hubiera existido aunque el recuerdo es tan vivo que hasta se me presenta real.

Sucedía en el medio de la nada, en el pueblito de Estanislao del Campo, sobre el patio del jardín de infantes, por cierto el único predio conveniente para ese fin en todo el paraje. Sobre la barroca calle, multitud de autos venidos de otros pueblos, camionetas importadas y vidrios polarizados por doquier. Vi en la puerta a dos jóvenes hermosas, con sus peinados caros y sus *tailleurs* perlados, dignas de un *shopping* de Buenos Aires. Las chicas recibían a los invitados con sonrisas de comercial de pasta de dientes. Una vez pasado el femenino cerco, una inmensa calesita de unos quince metros de diámetro y cuatro de altura, totalmente confeccionada con globos ornamentales daba la bienvenida a los elegidos. Cada uno de los palos de la calesita remataba en una mesa servida con pulcritud y opulencia, aunque parezca un oxímoron. Budines, refrescos, jugos, mermeladas y confituras rebosaban en los blancos manteles. En un sector apartado, un inmenso castillo inflable albergaba a decenas de niños ricos de padres importantes. Un carro que simulaba una locomotora fabricaba caramelos incesantemente. De todo esto lo más sorprendente eran los colores. En Estanislao todo es gris y ralo. Uno se acostumbra a los tonos eternamente pardos. Sin embargo, dentro de la fiesta todo se presentaba refulgente y luminoso.

La escena se completaba con música de fondo, estorbada en parte por las risas de los de rejas para adentro. Los de rejas para afuera éramos un centenar de nadas. Los que no pertenecemos a esas nuevas cortes de decadentes reyes de boliche con sus propios bufones, siervos y favoritas. Los más pequeños colgados de la verja, seguramente ante el espectáculo más impresionante que vieron y verán en sus vidas. Los más grandes con el silencio eterno de la inacción.

Tal vez, repito, todo eso no existió y nunca estuve allí buscando al intendente tratando que nos facilitara un ataúd para sepultar a un indio inoportunamente muerto ese día.

*Yawo**

El niño pilagá está indefectiblemente condenado a la desnutrición. Pasará hambres y hambrunas en su devenir formoseño. Sin embargo gozará de un breve estío de salud alimenticia.

En el tiempo de lactancia, el bebé pilagá abreva de los pechos maternos con amorosa fruición. La sabiduría de la naturaleza le provee al recién nacido del enviñón primario en el penoso periplo de su existencia. Se lo ve colorido y turgente. Crece casi dentro de la normalidad estadística a su edad cronológica. El torrente lácteo de la valiente madre lo mantiene vivaracho y lozano. Luego del destete, la inexistencia de alimentos y de trabajo para procurarlo derrumbará en un santiamén lo conseguido hasta ese momento.

Este cimiento de vida, esta savia de entrega, no es precisamente económica. El costo es enorme. Las jóvenes madres se consumen literalmente en esta tarea de transmitir el aliento. Sus dientes desaparecen víctimas de la iliquidez de calcio y vitaminas, su piel se reseca, el cuerpo se encorva y el ceño se frunce para siempre.

* *mujer.* (N. del A.)

*Točiñi **

Entre los palos de los blancos y los demonios de las iglesias, los hermanos pilagás han perdido sus canciones. De tanto recibir palizas de milicos por bailar “indecentemente” y de ser condenados por cantar blasfemias, la música hace un *fade out* de generación en generación. Sólo les está permitido entonar alienantes himnos religiosos que advierten a los rebeldes que el dios de los invasores los está supervisando y los espera luego de la muerte con la tan ansiada justicia. Los que osen cantar y bailar el baile sapo u otras danzas ancestrales serán expulsados sin más de la comunidad religiosa.

Los instrumentos musicales siguen enterrados. Las canciones permanecen tapadas. Pero no han muerto. Una noche un hermano le pidió a Mattagoy que lo siguiera hasta un rincón alejado. Le indicó además que llevara la filmadora pues le iba a mostrar algo que no era frecuente y debía documentarlo. Allí fueron Jose, filmadora y el hermano rebelde. Una vez resguardados del ojo de la autoridad, de la nada apareció un violín casero y con él las melodías. Falsetes y lamentos se mezclaban con la guturalidad de la tierra parlante. Luego siguió la danza y el baile sapo.

Jose sudaba de la emoción ante el descubrimiento de lo siempre sabido pero nunca percibido. No se animó hasta mucho tiempo después a ver la filmación y compartirla con nosotros.

La tierra tiembla, los infames colonizadores y opresores jamás terminarán de vencer. La resistencia puede haberse hecho más sigilosa, pero de ninguna manera se ha detenido.

* *Hay silencio (N. del A.)*

La vuelta

En parte está bien qué el viaje sea tan largo. Sobre todo si volvés en micro, ya que no hay que manejar. Tenés por lo menos quince o dieciséis horas para que se te acomode el corazón y vuelva a funcionar el alma. Casi nadie habla. Pasamos por nuestros cerebros atorbellinados, ahora sí en cámara lenta, los días vividos y podemos tomarnos el tiempo para llorar o reír. También para pensar o reaccionar. Y es que, además de nuestra natural lentitud, la vida diaria no da respiro allí en la Colonia. El pobre no puede detenerse a llorar a un hijo muerto porque tiene que atender a los otros que están vivos. No puede quejarse porque no hay a quién hacerlo. Se vive en un dolor interminable. No hay treguas ni duelos.

Así es que pasan por la ventana del ómnibus las caras y las palabras. Como un cinerama del transporte, seguimos rumiando la resistencia de los pilagá, cada minuto más lejana. Y sabemos que nos extrañamos mutuamente. Y que la lucha es tan larga como desigual. Y que definitivamente estamos del lado de los perdedores.

Formamos el grupo Mattagoy:

José Luis Avendaño, *Mattagoy*

Marina Colombo, *Yacena*

Viviana Avendaño, *Nagalo*

Ángela Curti, *Tita*

Miguel Poli

María de Urquiza

Belén Castrillo

Juan Solohaga

Elvira Oquendo

Aníbal Filippini

Pablo Sanz

Tamara Quevedo

Javier Castrillo, *Čibién*

Sandra Molina

Miriam Olivares, Tagáik

También estuvo con nosotros

Marcelo Pérez, *Pupi*

En todos lados y en todo momento.

Julia Colombo

